

NOVELA CON MALAS PULGAS

JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS EXPERIMENTA EN 'ZUMBIDO'

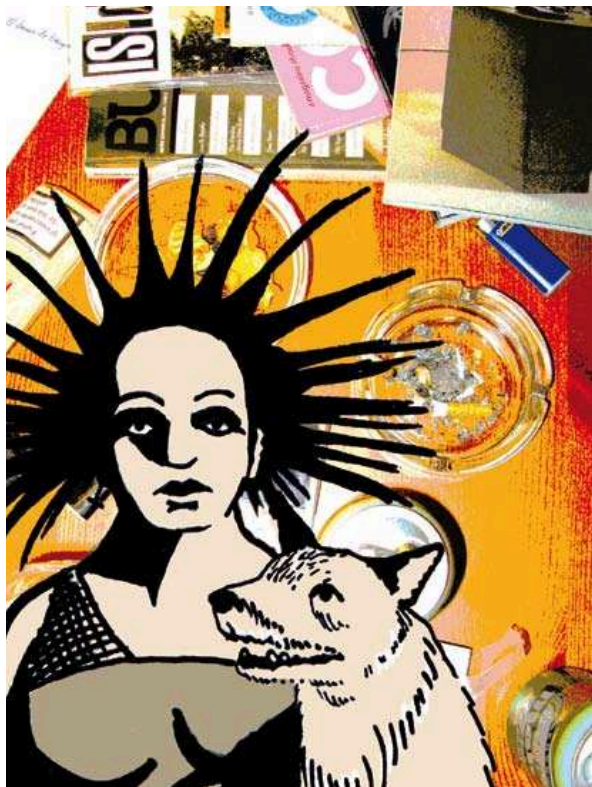
EL ESCRITOR COLOMBIANO TRASCENDE LA LITERATURA, Y DA UN PASO MÁS ALLÁ DE SUS RELATOS

Fiate de los apuntes del instituto: una narración se compone de planteamiento, nudo y desenlace. Como big bang de *Zumbido*, la muerte de la hermana del protagonista; consuelo de una peculiar desconocida, huida en su compañía. En un escenario que confunde las sobras de la megalópolis —«alguien dijo que en momentos como ese la arquitectura asume un protagonismo inusitado»— con lo rural salvaje, un perro ataca a nuestro hombre. Se entrelazan las cuerdas en páginas anteriores, ahora se atan fuerte: su rabia abre el desfile de médicos con posgrado en brujería, adeptos de la secta del barrio, más mujeres y más extrañas, ocurre mucho, punto final.

Seesteen sin embargo los comentaristas de texto, pues —pese a la insistencia del autor en vincularse al realismo— *Zumbido* se zambulle en lo experimental. «Por encima del grave zumbido magnético amplificado se escuchó el ruido de los botones de grabación. Luego una respiración. Una respiración normal. Y nada más durante un rato largo. Sólo el zumbido, discuriendo ahí adentro como un río terso, esbelto, interrumpido muy rara vez por la silueta bien recortada de un crujido». Una novela que es novela, y a la vez trasciende disciplinas: esto sí que es arte.

Y NOVELA CON QUICKBASIC

«Todo este cuento ya había acontecido, todos estos hechos ya habían sido vividos en otros cuerpos. Estos acontecimientos no eran más que una paráfrasis sin ton ni son, una sucesión aleatoria de citas desviadas. La posibilidad del relato pasaba a través de nosotros como un significado cualquiera que se hospeda temporalmente en las palabras. El relato amenazaba con diluirse y yo temblaba». Juan Sebastián Cárdenas reinventa su escritura, mira de reojo a la composición azarosa de John Cage y no escapa de la inspiración, pero obedece a los dictados de un programa creado con QuickBasic y que le impuso temática, extensión o tono a medida que iba avanzando en la escritura.



La muerte y la huida desencadenan los acontecimientos en *Zumbido*.

QuickBasic obsesionaba a Mario Levrero, que gracias a él no olvidaba una toma de pastillas (según atestiguaba el subyugante *Diario de la beca*, en *La novela luminosa*). Existe un nexo entre ambos, informática aparte: la lucha por una literatura que aporte algo más. La gordita punk del último tramo evoca a la muchacha ídem de Fogwill, por ser evidentes, y de ahí saltaríamos a César Aira, y a unas vanguardias artísticas de aquí y de allá que no descubrieron ni inventaron, sino que despertaron

cuanto ya latía. Pero, sobre todo, *Zumbido* desarrolla una veta que ya apuntó en su libro de relatos *Carreras delictivas*, quizá de pulso más tradicional. Primera lectura: un viaje alucinado a lo desconocido a la vuelta de la esquina. Rasquemos: qué sugiere el proceso de escritura, el resultado, y más allá el texto, la tecnología, el azar, su tener que ver. Por lo pronto «gloria a Dios, que con su fuerza hace posible el temblor».

ZUMBIDO. 451 Editores / 136 páginas / 15,50 euros

LA VIDA COMO SUPERMERCADO

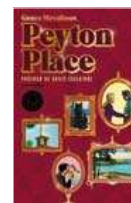


En un país de brazos cruzados, el protagonista de *Mi gran novela sobre La Vaguada* trabaja. Sin parar: salta de oficio en oficio, encadena contratos temporales, se mantiene lejos de la oficina del INEM y, mientras, se enamora de una, de otra, tiene suerte o no, cambia de piso, nos presenta a sus amigos, y trabaja, y calcula para el fin de mes, y se aburre y trabaja en otro sitio, y concluye que «yo no hacía cosas sino que hacía una única e importantísima: escribir mi gran novela sobre La Vaguada». En ella, calcula, se leerán todas las novelas que en las bibliotecas han sido, «historias que se cruzan y etcétera»: si el mundo se vislumbra como gran superficie, por qué no reflejarlo en una de ellas. Vende libros con chaleco, y vestido de calle; y cuida exposiciones, y documenta las fachadas de tiendas de telefonía, y espera las llamadas de los jefes que le

proporcionarán seguridad y prestigio, y que le alejarán de La Vaguada para acercarle a Su Gran Novela, e imagina en la parada de autobús que pregunta al mundo: «¿Adónde van ustedes?, ¿qué hacen?, ¿dónde dicen que trabajan?, yo trabajo en una verdadera librería. Llevo una vida pequeña e interesante». Y justo Fernando San Basilio ha escrito una divertidísima novela sobre vidas pequeñas que —de tan bien contadas— nos importan más que las grandes dinastías, y arremete contra el *tempus fugit*, y se carcajea de un panorama laboral que nos devora y vomita igual que un menú de comida rápida. Una novela que acelera —entonces— para que nos detengamos; «antes de La Vaguada no había nada», asegura, y antes de Fernando San Basilio poco teníamos.

MI GRAN NOVELA SOBRE LA VAGUADA. Caballo de Troya / 144 páginas / 12,90 euros

LA PEOR NOVELA DEL MUNDO



Por el drama más turbio en la casa vecina, esta reseña se titularía *El infierno son los demás*, o Peyton Place como pueblo de apariencia tranquila que se consume en las llamas eternas de la chimenea del salón. O encabezarse *Mujeres desesperadas*, según la genealogía que Boris Izaguirre insinúa en el prólogo, o *Quien avisa no es traidor*, pues ya en la fantástica portada se advierte al lector sobre lo que se trae entre manos. La obra cumbre —ejem— de Grace Metalious «no es ni de lejos la mejor novela del mundo», casi funda la cofradía de la literatura de masas, y sin remordimientos confesamos la adicción que provoca.

Sentimentaloido, arrebatada y creyente en el más difícil —y lacrimógeno— todavía, así respondió la producción propia a las telenovelas latinoamericanas: con una efectiva narración coral por la que pululan hijas bastardas, falsas viudas, adolescentes violadas, profesoras solteronas, estudiantes frágiles o malvados, señores que beben y señores que beben mucho. Metalious no buscaba liberar a sus lectoras, sino entretenerlas, igual a nosotros medio siglo después: olvidaremos a Allison, a Selena, pero durante la lectura nos desharemos con ellas, sufriremos con la misma intensidad.

PEYTON PLACE. Blackie Books / 560 páginas / 25 euros

LA DESAPARICIÓN DE LA TAPA DURA

Dame un catálogo de exposición y adornaré la mesa de mi comedor, desafiaré a mi sentido del orden para colarlo en una estantería, lo hojearé entre pausa y pausa de la publicidad: oh tapa dura, oh tamaños que ni el más vanguardista de los carpinteros logra asumir, se acerca vuestra desaparición. Y se inaugura en Cáceres el espacio de arte Casa Sin Fin, que busca trascender los límites de la galería para suscitar el diálogo, la reflexión, e incorporar el testimonio de sus exposiciones a la colección Pequeños Tratados de la editorial Periférica: comienzan con *Blow up Blow up*, la instalación de Joan Fontcuberta que Casa Sin Fin albergará hasta septiembre, y cuya versión en libro se acompaña de extensos y muy jugosos artículos de apertura y cierre a cargo de Iván de la Nuez. «El principal malestar de la cultura contemporánea», afirma, «no proviene de lo que concebimos como ficción sino de aquello que percibimos como verdad». Y en torno a ese «malestar» y la posibilidad de leer la imagen y visualizar el texto gira la reinterpretación que Fontcuberta realiza de Antonioni (y éste, a su vez, de Cortázar), firmando la pena capital para los catálogos como naturaleza impresa y muerta.



BLOW UP BLOW UP. Periférica y Casa Sin Fin / 96 páginas / 14 euros